



DE JOSÉ A BENEDICTO

Con la muerte de la reina Isabel II hace menos de cuatro Meses (*El camino*, Diciembre 2022) y con solamente pocas horas restantes de 2022, el Papa Emérito Benedicto XVI (nacido 1927) dejó esta vida. (Foto: www.zumapress.com.)

Si bien Isabel era más famosa, es factible afirmar que la muerte de Benedicto fue más significativa. Isabel reinó durante setenta años y al final mantuvo la soberanía de más de quince estados. Benedicto sirvió como Obispo de Roma y Jefe de la Iglesia Católica Romana durante solo ocho años (2005–2013), sin embargo, pastoreó a 1.200 millones de católicos romanos (40% en América Latina).

Los contrastes no terminan ahí. Isabel y Benedicto, Nacidos con apenas 360 días de diferencia, estuvieron, en su juventud, en lados opuestos de la Segunda Guerra Mundial. Además, Isabel encabezó una nación que, bajo Enrique VIII (1491–1547), se había separado de la Iglesia de Roma.

JOSEPH RATZINGER: EL ACADÉMICO

Benedicto nació como Joseph Alois Ratzinger, hijo de un policía y cocinero de hotel en Marktl-am-Inn, Alemania. Tenía solo seis años cuando comenzó el Tercer Reich de Hitler y, criado en una familia católica incondicional, tenía solo doce años cuando ingresó al seminario para formarse como sacerdote. Ese año, 1939, vio el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, resultando, en 1941, en la entrada obligatoria de Ratzinger en las Juventudes Hitlerianas. Dos años más tarde, fue reclutado por el ejército alemán, sirviendo en una unidad antiaérea en Baviera antes de su asignación en 1945 a Hungría para colocar trampas de tanques. Con la guerra en Europa terminando, Ratzinger desertó, sólo para ser recogido por las fuerzas estadounidenses y encarcelado brevemente.

Una vez liberado, Ratzinger, que aún tenía solo 18 años, reanudó sus estudios en el seminario. Ordenado sacerdote en junio de 1951 dio prueba de la influencia teológica por la que se haría famoso, obteniendo en 1953 un doctorado

en teología en la Universidad de Múnich. Después de eso, comenzó su enseñanza en dogma y teología, inicialmente en Freising (1959), luego en la Universidad de Bonn (1959–69). Allí redobló sus esfuerzos, sirviendo simultáneamente en las universidades de Múnich (1963–66) y, por invitación del teólogo Hans Küng, en Tübingen (1966–69). Luego, en 1969 se trasladó a la Universidad de Ratisbona, convirtiéndose más tarde en vicepresidente. La enseñanza de Ratzinger dio lugar a varios volúmenes en este momento, en particular *Introducción al cristianismo* (1968) y *Dogma y Revelación* (1973). En total, escribió 66 libros.

BENEDICTO XVI: EL ECLESIAÍSTICO

En su camino para convertirse en Benedicto, Ratzinger sirvió a Joseph Frings, arzobispo de Colonia, como asistente experto en el Concilio Vaticano II (1962–65). En ese momento, Ratzinger era de tendencia progresista y anhelaba que la iglesia adoptara más reformas. Sin embargo, su perspectiva cambió después de que las denuncias de los estudiantes sobre el cristianismo en Tübingen le recordaran las tácticas nazis varias décadas antes.

El conservadurismo recién descubierto de Ratzinger lo acompañó a través de una sucesión de nombramientos: arzobispo de Munich y Freising (marzo de 1977), siendo nombrado cardenal tres meses después; prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (noviembre de 1981), convirtiéndose durante dos décadas en el consejero más cercano del Papa Juan Pablo II; y luego Papa desde 2005. Como tal, combinó inteligencia y celo por la doctrina católica (manteniendo posiciones oficiales sobre el control de la natalidad, la homosexualidad y el diálogo interreligioso), con, se dice, humildad y mansedumbre.

Benedicto no solo fue el Papa de mayor edad elegido desde Clemente XII (1730–40), sino que se convirtió en el primero en 600 años en renunciar a su reinado. En medio de los estragos del racionalismo y el secularismo occidentales, Benedicto es recordado por defender la doctrina católica histórica y por alentar el diálogo católico-islámico. Su reinado coincidió con un aluvión de acusaciones contra la Iglesia Romana por abuso sexual y físico. El mismo Benedicto fue criticado por su manejo anterior de cuatro casos mientras era arzobispo.

DE LA TRADICIÓN A LAS ESCRITURAS



Para aquellos de nosotros que defendemos la Santa Biblia como la única autoridad para nuestra fe y nuestra conducta (2 Timoteo 3:16), el fallecimiento de Benedicto nos deja en conflicto. El paganismo y la anarquía ética de hoy, similar a los primeros siglos d.C., nos deja más inclinados a reconocer áreas en común con Roma que antes. Doctrinalmente, compartimos la creencia en la Trinidad, la encarnación y la persona de Jesús; y socialmente, la promoción de la causa provida. Sin embargo, la doctrina romana de *semper eadem* (siempre lo mismo) nos impide, a pesar del Vaticano II, descartar las preocupaciones de los reformadores protestantes del siglo XVI.

EL PAPADO

No queda ninguna base bíblica para el papado. En primer lugar, está el hecho incómodo de que Pedro, del que se dice que fue el primer papa, ¡estaba casado (Lucas 4:38)! Mientras pasó un tiempo en Roma, la iglesia allí jugó un papel secundario después de las iglesias en Jerusalén (donde miles se habían convertido a Cristo después del derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés [Hechos 2: 42-47; 4:4]), y en cosmopolita Antioquía, Siria (de donde partió la misión a los gentiles) [Hechos 11:19-26]].

Es cierto que la iglesia en Roma creció en importancia debido a su ubicación en el corazón del imperio. Sin embargo, la historia desacredita la idea de una línea papal ininterrumpida que se remonta a Pedro. El Gran Cisma da testimonio de las reclamaciones papales en competencia en Avignon, Francia, y en Roma, resueltas por el nombramiento de un tercer papa en el Concilio de Pisa (1409).

Todos estos asuntos, porque sobre este sombrío fundamento descansa la extraordinaria afirmación de Roma de que el Papa es “Santo Padre” (el oficio de Dios Padre); Cabeza de la Iglesia (el oficio de Dios Hijo); y el Vicario (o sustituto) de Cristo (el oficio de Dios Espíritu Santo). En apoyo de la afirmación, Roma enseña la capacidad del Papa para hablar infaliblemente *ex-cathedra* (desde el trono). Los reformadores vieron en el papado, entonces, un presagio de la venida del “*hombre de pecado*” que “*se sienta en el templo de Dios, proclamándose Dios*” (2 Tesalonicenses 2:4).

EL SACERDOCIO

Asimismo, no existe una base bíblica para el sacerdocio hoy. Dios ordenó y reguló el sacerdocio de Israel en el tiempo de Moisés para representar al Mesías venidero para su iglesia (los llamados a salir). En su persona y a través de su obra, el sacerdocio ceremonial quedó obsoleto. Jesucristo no solo reemplazó a todos los demás sacerdocios, sino que también fue y es muy superior a todos ellos. Hace superfluo el resto.

Primero, porque Cristo es perfecto. Tanto amigos como enemigos reconocieron esto (Lucas 5:8, 23:4; Juan 19:6). Sólo un sacerdote así puede representar verdadera y adecuadamente a Dios ante nosotros y a nosotros ante Dios. Qué triste, entonces, que las masas pongan su confianza en sacerdotes pecadores, incluso corruptos e inmorales. Confesar los pecados de uno a un compañero pecador es inútil y peligroso. Inútil, porque el mismo sacerdote necesita la absolución de sus pecados, y peligroso porque su intercesión no tiene poder ante Dios. De hecho, nos deja en nuestros pecados.

Segundo, la expiación de Cristo también es perfecta. Su ofrecimiento de sí mismo a su Padre como sacrificio por el pecado fue aceptado en el cielo de una vez por todas. Desde la cruz, Jesús declaró: “Consumada es [su obra expiatoria por los pecadores]” (Juan 19:30). La afirmación, entonces, de que en el pan y el vino transubstanciados de la Misa ocurre una repetición del Calvario es innecesario, erróneo y no creíble. Por el contrario, Hebreos 7:24-25 declara que Cristo “*posee su sacerdocio para siempre porque permanece para siempre. Por tanto, puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos*”.

EL PENITENTE

Aunque la resurrección corporal de Cristo y el don del Espíritu ofrecen a los pecadores arrepentidos y creyentes una maravillosa seguridad del perdón de los pecados y de la relación con Dios, el Concilio de Trento (1545–63) anatematizó a los que profesaban la seguridad (Decreto sobre la justificación, Canon xv). Después de todo, recibir la salvación por el pecado solo por gracia, a través de olo la fe, y solo en Cristo, desmantela gran parte del pensamiento católico romano, en particular ~

- Confianza en María y los santos. María reconoció su propia necesidad del Salvador (Lucas 1:46-47). Los verdaderos santos también lo hacen. La Sagrada Escritura dice que tenemos “*un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*” (1 Timoteo 2:5). La idea, según el *Catecismo católico*, de que “De una manera totalmente singular, ella [María] cooperó con su obediencia, fe, esperanza y ardiente caridad en la obra del Salvador de restaurar la vida sobrenatural en las almas” ataca la suficiencia de la obra de Cristo en la cruz. Ciertamente es que, “la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia [romana] bajo los títulos de Abogada, Auxiliadora, Benefactora y Mediadora” (*Catechism of the Catholic Church*, Geoffrey Chapman, 1994, 221), pero estos títulos pertenecen o bien a ¡Cristo o al Espíritu Santo!

- Confianza en las obras tanto como en la fe. Dado que el mérito perfecto de Cristo es imputado (contado) a los creyentes por declaración divina y en unión con Cristo, nuestras obras no son para nuestra salvación, sino que surgen de ella como gratitud (Efesios 2:8-10). Descansando solos, entonces, en la suficiencia de Cristo para nuestra justificación, tenemos paz con Dios (Rom. 5:1).

DE SACERDOTE A PENITENTE

Richard Bennett



Nací en 1938 en una familia irlandesa católica romana de ocho. Nos encantaba tocar, cantar y actuar, rezando juntos la mayoría de las noches el Rosario. Nadie faltaba a misa los domingos a menos que estuviera gravemente enfermo. Así, a la edad de cinco o seis años, sabía de Cristo, María y los santos.

Como todos los niños que estudian con los jesuitas, a la edad de diez años podría recitar cinco razones por las que Dios existe y por qué el Papa es la cabeza de la única iglesia verdadera. Aunque la Misa era en latín, asistía a diario, intrigado por su profundo sentido de misterio. Se fomentaba la oración a los santos, así como la devoción a los santos patronos en la mayoría de los aspectos de mi vida. Sacar las almas del Purgatorio era una prioridad, considerándose santo rezar para que los muertos fueran liberados de sus pecados.

A los catorce años sentí un llamado a ser misionero. Las palabras de Jesús en Marcos 10:29-30 resultaron influyentes: **“De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna.”** Así que me uní a la Orden Dominicana en 1956, estudiando durante ocho años las tradiciones de la Iglesia, la filosofía, la teología de Tomás de Aquino y los pasajes bíblicos desde una perspectiva católica. Sin embargo, mi fe estaba institucionalizada y ritualizada. Se decía que la obediencia a la Iglesia y a la Ley Dominicana era el medio de salvación. Esto lo busqué sufriendo duchas frías, golpeándome la espalda y penitencia.

BOMBA EXTERIOR, VACÍO INTERIOR

En 1963 fui ordenado sacerdote, procediendo a terminar mis estudios de Santo Tomás de Aquino en la Universidad Angelicum de Roma. Allí luché con la pompa y un vacío interior, sorprendido de que cientos en mis clases parecían bastante desinteresados en la teología. La alegría que obtuve al pisar el Coliseo, el suelo donde se había derramado tanta sangre cristiana se vio empañada por jóvenes burlones que gritaban el equivalente a “escoria”; no porque yo fuera de Cristo, sino porque yo representaba el sistema católico romano.

El vacío de las glorias de Roma se confirmó poco después. Decidiendo en oración no completar el grado teológico que comenzó con mis estudios de Aquino, el sacerdote que iba a dirigir mi tesis me animó a aceptar como mía una tesis escrita varios años antes, siempre que la defendiera oralmente. Esto me revolvió el estómago.

[Para ver el testimonio completo, visite www.bereanbeacon.org.]

ORGULLO, CAÍDA Y UNA NUEVA HAMBRE

Al regresar de Roma, a fines de agosto de 1964 recibí órdenes de ir a Trinidad, Indias Occidentales. El 1 de octubre de 1964 llegué y durante siete años cumplí con mis deberes y conseguí que muchos vinieran a Misa. Para 1972, sintiéndome bastante satisfecho de mí mismo, pedí al Señor que, si era su voluntad, me humillara para mi mejoría. Más tarde esa noche tuve un extraño accidente, me partí la cabeza y me lastimé la columna vertebral en muchos lugares. Si no hubiera estado tan cerca de la muerte, dudo que alguna vez hubiera superado esta autosatisfacción.

La oración de memoria se volvió muy vacía para mí. Clamé a Dios en mi dolor, encontrando algún consuelo en la oración personal. Dejé de rezar el Breviario (la oración oficial del clero) y el Rosario, y comencé a usar la Biblia para orar. El proceso fue muy lento, porque no conocía bien la Biblia. Me habían enseñado a desconfiar de la Biblia, pero mi formación en filosofía y en Tomás de Aquino me dejó indefenso.

Asignado a una nueva parroquia ese mismo año, continué practicando la enseñanza de la Iglesia, con mayor éxito. Enseñando catecismo en muchas escuelas, incluidas las escuelas públicas, también avancé en mi estudio de las Escrituras. Descubrí que el clamor del corazón de Pablo se agitaba dentro de mí: **“A fin de conocer [a Cristo] y el poder de su resurrección”** (Filipenses 3:10).

LA PREGUNTA FINAL

Alrededor de este tiempo, los cristianos canadienses llegaron a Trinidad. Aunque muy orientado a la experiencia, me adentraron más en la Biblia. ¡Empecé a comparar textos de las Escrituras, incluso citando capítulos y versículos! Al estudiar Isaías 53, descubrí que Dios trata con el pecado por medio de la sustitución: **“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada uno se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”** (Isaías 53:6). Dado que Cristo murió en mi lugar, estuvo mal que intentara cooperar para pagar el precio de mi pecado. Le pedí perdón a Dios, pero no me di cuenta de que era un pecador por naturaleza. Después de todo, me habían enseñado que el bautismo lava nuestra depravación.

En el camino, aprendí que la Palabra de Dios no tiene errores. Ayudado en la búsqueda por la Concordancia de Strong, percibí su absoluta confiabilidad en la narración de la historia, el registro de las promesas y profecías de Dios, en sus mandamientos morales y en su enseñanza de la vida cristiana (2 Timoteo 3:16-17). Entonces comencé a enseñar que la Palabra de Dios tiene autoridad, comenzando durante una visita a Vancouver, B.C., en una iglesia parroquial grande de unas 400 personas; tres días después, el arzobispo local, James Carney, me llamó a su oficina para silenciarme oficialmente y prohibirme predicar en su arquidiócesis.

Al regresar a Trinidad, se le pidió a mi antiguo Maestro de Estudiantes que me ayudara. Ahora, amigos cercanos, lo vi

continúa al dorso . . .

Dirección del remitente:

Gastos de envío:

Información Postal:

como un canal para influir en mis hermanos dominicos y en la casa del Arzobispo. Sin embargo, murió repentinamente de un ataque al corazón, dejándome afligido. Dios, sin embargo, me estaba convirtiendo de un mero conocimiento de la Biblia a una conciencia de mi pecado. Sabía por las Escrituras que mi papel como mediador sacerdotal se oponía a la enseñanza bíblica, pero amaba la estima de la gente, incluso la idolatría. Mientras comencé a ver la adoración de María, los santos y los sacerdotes por el pecado que es, no pude renunciar al sacerdocio. Estaba tan involucrado en eso.

En última instancia, enfrenté la cuestión del señorío de Cristo sobre mi vida. Como la Iglesia Romana había sido señor durante tanto tiempo, me desgarré por dentro durante mis últimos seis años como párroco (Sangre Grande, 1979–85). ¿Cómo podría ir en contra de la “¿Santa Madre”, mientras dispensa sus sacramentos y mantiene a la gente fiel a ella?

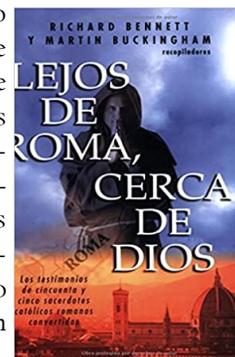
Sin embargo, en 1981 volví a dedicar mi servicio a la Iglesia Católica Romana en un seminario de renovación parroquial en Nueva Orleans. Sin embargo, al retomar los problemas de la vida en Trinidad, volví a la autoridad de la Palabra de Dios. En medio de la tensión de esos años, mi estómago sufrió mucho. Debería haber sabido la simple verdad de que uno no puede servir a dos amos. Mientras rompí las estatuas de la Iglesia de San Francisco y San Martín en obediencia al segundo mandamiento (Éxodo 20:4), vacilé ante las objeciones a la remoción de las estatuas del Sagrado Corazón y de María.

Un día, una mujer me desafió (la única cristiana que lo ha hecho en mis 22 años como sacerdote): “Ustedes, los católicos romanos, tienen una forma de piedad, pero niegan su poder”. Eso me molestó, porque ningún sacerdote en Trinidad era más ostentoso que yo. Entonces, en octubre de 1985, sintiéndome atrapado, fui a Barbados a orar por mi vida comprometida. Allí leí en un libro el significado bíblico de iglesia como “la comunión de los creyentes”. El Nuevo Testamento no conoce ningún indicio de que el “clero” se enseñoreara de los “laicos”. El Señor mismo declaró, “...uno es vuestro Maestro, Cristo; y todos vosotros sois hermanos” (Mateo 23:8). Por lo tanto, ahora me sentí libre para dejar ir a la Iglesia Católica Romana, dando un paso adelante confiando en Jesucristo como mi Señor.

Salí de Trinidad al mes siguiente y me quedé en Barbados con una pareja de ancianos, orando por un traje y dinero para llegar a Canadá. Ambas oraciones fueron respondidas sin dar a conocer mis necesidades. Dejando atrás el calor tropical de 90°, aterricé en la nieve y el hielo canadienses. Un mes después, llegué a Estados Unidos prácticamente sin un centavo, sin tarjeta de residencia, licencia de conducir ni recomendación. Sin embargo, durante seis meses fui ministrado por una pareja cristiana en una granja en el estado de Washington. Habiendo también dejado el catolicismo, me cuestionaron si estaba amargado o herido. Cuatro días después comencé a ver en el regalo de arrepentimiento de Dios el fruto de su salvación, recibiendo con alegría la sanidad a través de la muerte sustitutiva de Cristo en la cruz. Además, me regaló a Lynn como esposa, una hermosa e inteligente creyente. ¡A Dios sea la gloria!

DE ROMA A DIOS

Este libro contiene los conmovedores testimonios de cincuenta sacerdotes que encontraron su camino, por la gracia de Dios, fuera del laberinto de la teología y la práctica católica romana hacia la luz del evangelio de Cristo. Pero este no es un trabajo estrictamente polémico, ni su relevancia se limita a la controversia en curso entre Roma y las iglesias de la Reforma. El amor y la preocupación que sentían los exsacerdotes por los que habían dejado atrás, y su ferviente deseo de que también ellos experimentaran el gozo y la paz de la salvación en Cristo, se ve en todo momento. La relevancia más amplia de las experiencias descritas también se sentirá en muchos contextos alejados del catolicismo romano donde el orgullo y la presunción humanos han erigido fuentes rivales de autoridad entre las personas y la Palabra de Dios, oscureciendo así el camino de la salvación solo por gracia, a través de fe sola, y solo en Cristo.



PRÓXIMO NÚMERO: 1 DE JUNIO